

Carlos García Gual

# Los Siete Sabios (y tres más)



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1989  
Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Carlos García Gual  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1989, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-064-3  
Depósito legal: M. 2.318-2018  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 A modo de prólogo
- 15 La época y la significación de la sabiduría

## I

- 57 Tales, el primero de los Sabios
- 71 Solón de Atenas, legislador y poeta
- 97 Bías, juez austero
- 107 Quilón de Esparta
- 116 Pítaco de Mitilene
- 131 Cleobulo y Cleobulina
- 138 Misón, el desconocido
- 141 Periandro, el tirano
- 159 Anacarsis, el escita
- 184 Epiménides, un chamán de Creta
- 212 Ferecides de Siros

## II

- 231 Sentencias
  - 245 El trípode y los Sabios
  - 250 Las cartas de los Siete Sabios
  - 261 Sombras chinescas
- 
- 269 Epílogo



## A modo de prólogo

Hace cincuenta años que Bruno Snell publicó su libro sobre los Siete Sabios de Grecia (*Leben und Meinungen der Sieben Weisen*, Múnich, 1938), que es el único libro que conozco sobre este tema. Consiste en una selección de textos griegos, y alguno latino, que se recogen, se traducen y se presentan ordenados y con unas escuetas y elegantes introducciones. Me ha sido muy útil para la visión de conjunto y la redacción de algunos capítulos de este trabajo que, como el de B. Snell, quiere insistir en la recolección y lectura de algunos viejos textos. (He utilizado la cuarta edición, que es más completa que la original, y que, con el título de *Die Sieben Weisen*, está publicada en la serie de «Tusculum», Múnich, 1971.) [Edición más reciente: 2014.] Es un libro breve y muy sugerente.

He querido ahora ofrecer una consideración de conjunto algo más amplia, y, por otra parte, intento perfilar algo más las figuras un tanto nebulosas y legendarias de

esos Siete, a los que hay que añadir, de acuerdo con lo que ya hizo Diógenes Laercio, otros tres sabios más. Estos tres sabios añadidos: Anacarsis, Epiménides y Ferecides, son, por lo pronto, excéntricos en un doble sentido. Un escita que viene a Grecia como turista ilustrado, un chamán que es llamado para purificar Atenas y un importador de teología oriental que escribe sobre los dioses un libro en prosa, completan la famosa lista de sabios sentenciosos y políticos, con ciertas notas pintorescas, pero que evocan esa misma época arcaica, tan atractiva y tan presta a estímulos y presagios.

He intentado subrayar la significación histórica de los Siete Sabios (y los tres añadidos) y recordar las antiguas sentencias que los hicieron tan famosos. Transcribo a veces algunas palabras griegas, no por pedantería, sino por evocar mejor el término original que tiene un campo semántico y unas connotaciones culturales que la traducción puede desdibujar, sospecho, un tanto.

Ya no hay «sabios» en el sentido del término griego. El mismo concepto de sabiduría –*sophía*– necesita ser explicado y situado en su contexto histórico. El sabio antiguo ha derivado en otros tipos que han parcelado, ahondado y reconstruido su herencia; las figuras de los sabios están situadas en un pasado lejano; son anteriores a los filósofos y a los científicos; son arcaicos y acaso más ingenuos. También el término árabe *sufí* viene de *sophós*, y designa un tipo de sabiduría muy diferente. Con todo, no he querido abusar de la arqueología ni de la erudición; sólo cito, de pasada, los libros que me han sido útiles puntualmente.

Me he divertido evocando estos perfiles, muy desdibujados por la tradición secular y en buena medida popu-

lar, antigua, y he querido insuflar un poco de aire a esos nombres prestigiosos. Como un ejercicio de filología sin grandes pretensiones. Espero que a quienes, como a mí, les gustan las viejas anécdotas, les divierta la evocación y disculpen algunas ocasionales repeticiones que puede guardar el relato, y la cortedad de algunos comentarios.

Por otro lado, también hay aquí una invitación a recordar, y a rumiar, algunas claras sentencias. Que a algunos filósofos les inspiraron bastante. Piénsese en el gran partido que el artero Sócrates le sacó a lo de «Conócete a ti mismo», por ejemplo. Y algún ejemplo de moralidad, como ése de que «cuando Pítaco reinaba en Mitilene, molía con sus propias manos su trigo», y un escoliasta dice que lo hacía «como gimnasia».

A los devotos de la retórica y la solemnidad académica este libro no les gustará, supongo. No diré que lo siento.

C. G. G.  
1988





De entrada el primer acontecimiento de la filosofía en tierra griega, la sanción de los Siete Sabios, es un trazo neto e inolvidable del cuadro de la esencia helénica. Otros pueblos tienen santos; los griegos tienen sabios. Se ha dicho con razón que un pueblo queda caracterizado no tanto por sus grandes hombres como más bien por la forma como los reconoce y honra. En otras épocas es el filósofo un caminante accidental y solitario en un medio extremadamente hostil, que o se desliza huraño o se abre paso con sus puños cerrados. Únicamente entre los griegos el filósofo no es un fenómeno accidental...

F. Nietzsche

*La filosofía en la época trágica de los griegos*



## La época y la significación de la sabiduría

Aun cuando la leyenda los canonizó como figuras fabulosas, los Siete Sabios proceden de una época histórica precisa. Todos ellos alcanzaron su madurez –su *akmé* o «floreCIMIENTO»– en los comienzos del siglo VI a. C. Todos ellos pudieron presenciar, desde diversas ciudades helénicas, el eclipse solar pronosticado por Tales (el 28 de mayo del 585, según nuestro calendario). Aparecieron en distintas ciudades, todas prestigiosas entonces: Tales era de Mileto, Bías de Priene, Pítaco de Mitilene, Cleobulo de Lindos (habitantes, pues, de la zona costera de Asia Menor, colonizada por jonios y eolios); Solón era de Atenas, Quilón de Esparta y Periandro de Corinto (es decir, de tres famosas *póleis* de la Grecia peninsular). Según la leyenda, los sabios trabaron pronto relaciones de amistad, y se escribieron cartas y se reunieron en algún «banquete» a charlar, en Delfos, en Sardes o en Corinto. Por debajo de esa ficción curiosa late algo signi-

ficativo: estos personajes representan un tipo de ciudadanos que traspasan su entorno local y se perfilan como portavoces de un espíritu panhelénico.

## 1

Los Siete Sabios son figuras significativas de un tiempo bien marcado en el progreso de la civilización antigua: el de la emergencia de la inteligencia política, con la organización de las *poléis* en su marco institucional y legal, con el ocaso de las oligarquías aristotélicas y la fundamentación del orden cívico en leyes escritas y para todos. Es, sin duda, un momento de transición y crisis de valores, de convulsiones económicas y sociales profundas, de las que surge un nuevo orden y la creencia en la razón como medio para entender ese *kósmos*. Ahí se perfilan las figuras de los Siete Sabios con un raro prestigio, vago y duradero. En medio de esa revolucionaria época arcaica los sabios son paradigmas de sensatez.

Los Siete Sabios surgen en un contexto preciso y agitado. De algún modo sus figuras contrastan con las de los héroes de antaño, rememorados por los cantos épicos y afincados en los mitos tradicionales. No son grandes guerreros, sino constructores de un orden social, gente de paz y de diálogo, de ciudad y de justicia. Tal vez podemos verlos como héroes, a su manera burguesa, en un mundo más prosaico en que el triunfo no se logra ya mediante hazañas bélicas y estrépito de armas fulgurantes, sino a través de la habilidad y la inteligencia en el trato civilizado. En esas ciudades que prosperan con un co-

mercado variado y que progresan en la administración de su economía, con instituciones cívicas nuevas y conceptos nuevos sobre el hombre y la sociedad, en ese marco histórico marcado por la colonización y la invención de la moneda, ahí se destacan, junto a los poetas líricos y otros políticos audaces, los llamados sabios por la tradición posterior.

A finales del siglo VII las aristocracias locales se encuentran muy apuradas por las circunstancias sociales y económicas; la táctica hoplítica contribuye a un cambio no sólo de los hábitos marciales, sino de la estructura política general; la justicia va dejando de ser el monopolio de la clase dominante que interpretaba las leyes, y aparecen los primeros códigos escritos, en favor de la comunidad y no de los nobles; el comercio y la economía elevan a unos y arruinan a los aristócratas de antaño; los ideales sufren la presión del progreso. Si la gloria y el honor familiar marcaban las pautas de antaño, ahora importan también el respeto y la justicia, y también las ganancias y la riqueza adquirida. Dicho en griego, no sólo *kléos* y *timé*, sino *aidós* y *díke*, *kérdos* y *chrémata*. *Chrémát'anér*, dice la célebre frase de Alceo: «su riqueza (o, más moderna y brutalmente dicho: “su dinero”) es el hombre», un eslogan muy propio del tiempo, una queja contra la valoración nueva.

Tal vez esa afirmación *crematística* que Alceo pone en boca de un tal Aristodamo en Esparta (ciudad donde el dinero no circula y que tendrá sólo monedas de hierro) pueda entenderse en un sentido menos fuerte, significando algo así como «el hombre es lo que valen sus cosas de uso» o «eres lo que tienes para el mercado». Lo im-

portante en este tiempo es la apreciación de que la riqueza no es ya la abundancia, el *plou̓tos*, sino los bienes de uso, los *chrémata*, y que por ellos se define un hombre. No por sus antepasados, ni por su valor para la guerra, sino por sus *chrémata*. El valer de un hombre se cotiza ya mediante un patrón lejano al de la época heroica y aristocrática en esta sociedad, arcaica, pero progresista.

La «sabiduría» en su praxis cívica es un arma para el medro y el enriquecimiento en estas comunidades abiertas a las técnicas y a las nuevas ideas, con afán comercial y gusto por el lucro y el progreso. El sabio es el que domina una técnica, el que profesa la excelencia de un arte, como dirá Aristóteles (*sophía... aretè tês téchnēs*, *É. N.* 1141a 12), y también el político que sabe manejar los asuntos de la *polis* con arte y sagacidad en un trato civilizado. Los sabios son útiles para la economía de las ciudades, como proclama Jenófanes en un famoso poema, reclamando para los sabios –y para sí mismo– honores públicos como los que reciben, con menores méritos, los atletas victoriosos en los grandes juegos. La actuación de los sabios, dice Jenófanes, «contribuye a engrosar los tesoros del pueblo». Es una buena razón para reclamar un buen pago.

Los mismos nobles deben atender a razones, en tiempos en que –como dirá Píndaro– el león hambriento ha de aliarse con el zorro sagaz, y en que conviene, según Teognis, imitar las artimañas del pulpo que se adapta al fondo marino variable.

La lista de los Siete Sabios es un tanto variable en su nómina. El número siete tiene un cierto resonar mágico en la tradición. Recuerda B. Snell que en un mito aludi-

do por Píndaro (*Ol.* VII, 71) se habla de los Siete Sabios hijos del Sol que «recibieron los más sabios pensamientos entre los hombres de antaño», y otros ejemplos mucho más antiguos y de otras culturas. Así en la tablilla XI del *Poema de Gilgamés* se cita a los Siete Sabios que pusieron los fundamentos en los muros de Uruk; en la tradición hindú se recuerda a los Siete Rischis que recibieron de los dioses su saber y habilidad poética; los chinos han pintado en algunos dibujos a los Siete Sabios en el bosquecillo de bambú; entre los persas el consejo estaba constituido por siete consejeros como expertos en prudencia (Heródoto, VI, 43); también en Homero, tanto Agamenón como Príamo son aconsejados por un grupo de siete experimentados notables (*Ilíada* II, 405 y ss., y III, 146 y ss.).

No es un número con significación religiosa, pero, siendo el número primo más alto en la decena, resulta muy apropiado para formar un pequeño grupo, discreto y variado, suficiente para un *collegium* de doctos, para un simposio divertido o para una banda de salteadores. Siete son los enanos de Blancanieves y los niños de Écija. También las artes de la tradición medieval serán siete. (En alguna versión son siete las musas, aunque la cifra clásica sea la de nueve, mejor para danzas en ronda.)

Como el erudito Diógenes Laercio ya notaba, hay cuatro sabios permanentes en todas las listas: Tales, Solón, Bías y Pítaco. En la cita más antigua de la nómina, la de Platón en su *Protágoras*, figura Misón en lugar de Perianдро de Corinto. Se ha explicado tal cambio como un retoque platónico. Al famoso tirano corintio el moralista Platón lo habría desalojado, con un criterio ético un tan-

to personal. ¿Cómo iba a admitir él que un notorio tirano pasara por sabio? En su lugar habría preferido albergar a un personaje lacónico y oscuro al que, en cierta ocasión, el oráculo de Delfos había proclamado muy sabio. (Como veremos luego, no estoy de acuerdo en esta interpretación. Platón da, sencillamente, una lista que circulaba entonces y que difería en un nombre de la más habitual.) Otros sabios, como Cleobulo y Quilón, fueron figuras históricas de un indudable prestigio local, pero nos ha quedado muy poco de ellos.

Los intentos de retocar la lista introduciendo alguna figura de mayor atractivo que otra son muy comprensibles. Sobre todo el séptimo sitio, el que quedaba a la cola, estuvo muy disputado. Como ya he apuntado, los tres personajes que Diógenes Laercio ha colocado al final en su libro tienen un tremendo interés. Alguno de ellos, como Anacarsis o Epiménides, fue introducido en la nómina de los siete en el siglo IV a. C. Teopompo y Éforo trataron ya de esta figura del bárbaro civilizado. Tanto el escita como el purificador cretense como Fericides de Siros, algo más reciente que los otros sabios, presentan un aura singular, como venidos de los márgenes del helenismo, ribeteados de una cierta magia.

Ya Cicerón anotaba que todos los sabios, a excepción de Tales, fueron versados en la política y provechosos a sus ciudades (Cic., *De rep.*, I, 7, 12; *De orat.*, III, 34, 37). Plutarco (en su *Vida de Solón*, 3) dice que esa sabiduría era también «virtud cívica» (*politikè areté*) y que sólo Tales persiguió una teoría sin utilidad práctica. A veces los sabios intervinieron sólo como jueces o como consejeros en política, como Bías y el mismo Tales; en otros casos



tuvieron un papel político muy claro e intervenciones históricas: Solón fue legislador en Atenas y su actuación marcó un hito en la historia de la ciudad; Pítaco fue nombrado árbitro de la situación *-aisymnétes-* en la revuelta de Mitilene para actuar como dictador sobre las facciones enfrentadas; y Periandro heredó la tiranía en Corinto, ejerciendo un poder personal sin trabas en la próspera ciudad comercial.

El legislador, el dictador y el tirano dejaron una huella histórica memorable. Sin duda, conocemos mucho mejor la actuación de Solón que la de los otros dos, por ser ateniense y porque hemos conservado parte de su obra escrita, es decir, algunos fragmentos de sus poemas más importantes. Solón es, también, un gran poeta elegíaco, aunque no fue incluido en la lista de los sabios por su obra poética, sino por su estatura como hombre de estado. Pítaco tuvo entre sus enemigos más feroces a Alceo, el gran lírico, que lo inmortalizó en algunos denuetos apasionados y rítmicos. Periandro se convirtió pronto en el prototipo del tirano sin escrúpulos, y la leyenda contribuyó a decorar su biografía con algunas perversiones dignas de un tirano desbocado.

Heródoto recuerda un tanto de paso a unos y con más detalle a otros; pero certifica el papel histórico de todos. También Epiménides, llamado a Atenas como purificador de la ciudad, adivino prestigioso, es un personaje de actuación espectacular. «Epiménides, el prototipo mismo del mago inspirado, del *theîos anér*, que se alimenta de malvas y asfódelos y cuya alma se escapa del cuerpo a voluntad», como dice Vernant, complementa con una nota histórica distinta ese cuadro. Tam-

bién él tiene un papel destacado en la trama política. Como él, Anacarsis y Ferecides vienen de los márgenes del mundo helénico y guardan algunas notas exóticas; pero ni uno ni otro actúan en las ciudades griegas ostentadamente.

## 2

En su obra –que conocemos tan sólo por citas y algunos breves fragmentos– *Acerca de la filosofía*, reflexionaba Aristóteles acerca de los fundamentos del saber y advertía la variable significación del término «sabiduría», *sophía*, según épocas y contextos culturales. Es un comentarista tardío, Juan Filópono, quien nos ha transmitido un certero resumen del texto aristotélico sobre el sentido de esa palabra y su deslizamiento semántico a través de diversas etapas de la civilización helénica. Aristóteles enfocaba la cuestión en relación con el tema del progreso humano, a partir del catastrófico diluvio que había arruinado la civilización anterior, según la versión mítica. La civilización arrancaba desde los comienzos guiada por esa *sophía* en su marcha hacia una vida mejor, y en ese desarrollo civilizador los sabios tenían una destacada intervención benéfica, asumida con un perfil distinto en cada etapa del mismo.

El texto es muy interesante, y ha sido glosado y atractivamente comentado por E. Bignone, A. J. Festugière y W. Jaeger, entre otros. En las líneas que se refieren más en concreto a la evolución del sentido de la palabra *sophía* dice así:

Por tanto, los supervivientes, no teniendo cómo sustentarse, se ingeniaron impulsados por la necesidad lo apropiado a su indigencia, como el moler con muelas el trigo y el sembrar, y otras cosas por el estilo. Y llamaron a esta ingeniosa capacidad sabiduría (*sophía*), la inventora de lo útil para las necesidades urgentes de la vida, y sabio al que las había aplicado.

De nuevo inventaron las artes y técnicas, como dice el poeta, según los preceptos de Atenea, que se constituyeron no sólo para colmar las necesidades de la existencia, sino también avanzando hasta lo bello y refinado. Y, de nuevo, a ésta también la llamaron sabiduría (*sophía*) y sabio a su inventor, como en la frase de: «lo construyó el sabio artesano», «buen conocedor de la sabiduría, de acuerdo con los preceptos de Atenea» (cf. *Ilíada*, XV, 412, y *Odisea*, XVI, 223). Pues a causa de lo extraordinario de tales descubrimientos atribuían a la divinidad la capacidad inventiva de éstos.

Otra vez aplicaron su atención a los asuntos cívicos e inventaron leyes y todo lo que consolida el orden ciudadano. También a esta habilidad intelectual la denominaron a su vez sabiduría (*sophía*). A este tipo de sabios pertenecían los Siete Sabios, que inventaron algunas virtudes políticas.

Luego, progresando más allá en ese camino, se enfrentaron al estudio de los cuerpos en sí mismos y de la naturaleza creadora, y a esta investigación la denominaron más precisamente teoría de la naturaleza (*physikè theoría*), y llamamos sabios a quienes trataron acerca de la naturaleza de las cosas.

En quinto lugar, después, meditaron sobre las mismas cosas divinas, supramundanas y por completo inmutables, y al conocimiento más elevado de éstas le dieron el nombre de sabiduría (*sophía*).

Como advierte R. Mondolfo (en su comentario a este texto en *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua*, Buenos Aires, 1955 [1979], pp. 557-558), puede señalarse en este pasaje una influencia de pensadores anteriores a Aristóteles como son Demócrito y Eudoxo, que ya habían teorizado sobre el desarrollo de la civilización. Ahora, sin embargo, no nos interesa tanto la exposición de la idea de progreso cuanto la señalada variación en el sentido del vocablo *sophía*, y del concepto de «sabiduría» ligado a él. La distinción de cinco etapas está bien trazada.

La sabiduría primitiva es la capacidad de respuesta a las necesidades naturales; mediante su ingenio el hombre responde al reto planteado por un entorno hostil con la invención de las primeras técnicas agrícolas, primeros pasos de una cultura basada en el dominio de utensilios sencillos y el cultivo de la tierra, el pastoreo, etc. Mediante esa habilidad el hombre logra escapar de la necesidad apremiante, la *ananke*, que en un comienzo le agobia.

Viene después la sabiduría del artífice, esa *sophía* productora de las artes y técnicas (unidas en griego bajo el término de *téchnai*). Es la *éntechnos sophía* prometeica, que permite avanzar más allá de la etapa anterior y encaminar el quehacer humano más allá de las limitaciones de la subsistencia elemental, hacia la belleza y el refinamiento de lo civilizado.

La tercera etapa es la de la sabiduría *politiké* o cívica, cuyo objetivo es el de asegurar la convivencia en un marco civilizador, el de las ciudades y las leyes y las virtudes cívicas. A esta etapa pertenecen, dice el texto de modo explícito, los Siete Sabios, inventores de algunas *politikàs*

*aretás*. Preceden a los sabios de las dos etapas siguientes, en los que la *sophía* se desliga de su aplicación práctica y se vuelve *theoría*, especulación acerca de la naturaleza terrena o supraterránea. Los sabios de la cuarta etapa son los *physiólogoi*, es decir, los presocráticos que, como los milesios, se dedicaron a la investigación de la naturaleza creadora, esa *physis demiourgiké*, de la que todo surge y en lo que todo se resuelve. Los de la etapa posterior son los filósofos que, trascendiendo el campo de la experiencia inmediata, elevan su reflexión hacia los objetos superiores, hacia lo divino, *tà theîa*, trascendente e inmutable. En su grado más alto ese conocimiento superior es la sabiduría más soberana (*gnôsis... kyriotátē sophía*), y se identifica con la ciencia buscada de Aristóteles que después recibiría el nombre de metafísica y teología filosófica.

Es interesante destacar cómo todo ese progreso humano se funda en la capacidad humana de discurrir e inventar y no se habla en ningún momento de ninguna ayuda divina al respecto (como en el famoso mito de Prometeo, en versión esquílea o en la narración que Platón pone en boca de Protágoras en su diálogo homónimo). En griego el término clave para designar esa inventiva natural del hombre, desarrollada en grado superior por los sabios, es *epínoia* (y el verbo correspondiente *epinoéo*), que en estos párrafos aparece repetido seis veces. La *epínoia* es una especie de inteligencia práctica o de imaginación técnica con la que los sabios responden al reto de su entorno natural, impulsados por la necesidad, *anánke*, y espoleados por la utilidad, la *chreía*, motivos fundamentales de la civilización, según había señalado ya Demócrito.